

Antonio Acevedo Hernández

Un minero entra al cielo

(CUENTO DE LA TRADICION MINERA)



UNQUE entre las estampas humanas de Chile, el *carrilano* y el *cerruco* sean los más definidos, es el *minero* el hombre de la fascinación. Pisa las sendas de la realidad fileteadas con los fulgores de la fantasía; su existencia pende de la cuerda de lo increíble; nada parece tener importancia para él; jamás protesta por sus reiterados fracasos; la muerte y la vida son presentes que no rechaza. Generoso hasta lo superlativo, fatalista, encerrado en un territorio de escasas palabras, da la idea de que su voz vibra sobre pautas de silencio. Es hombre de leyenda cimentada sobre perfiles de realidad. He aquí un cuento inventado por los mineros; es una especie de biografía picaresca, algo como un desahogo y una sonrisa, un decir que no se manifiesta en el sentir de la psicología chilena, cuya tipología parte siempre de lo estable. Suele dibujar el grotesco cuando desea esgrimir la agudeza. Es posible que el *arriero* se le asemeje un tanto, aunque sus relatos se basen en el esfuerzo físico y en la sensación real de la picaresca que, algunas veces, llega a la exageración.

El caso es que un día cualquiera, un minero dejó de respirar. Se dice que muchos lo sintieron, y que hubo quienes de las rugosi-

dades de su memoria, sacaron palabras semejantes a oraciones, y que una mujer —su esposa— vertió amargas lágrimas, y los hijos... el más grande, dicen que dijo, yo no lo creo; mas así lo afirman los que lo oyeron y celebraron:

—No importa que haya muerto mi padre: yo bajaré al *pique*.

El minero, que nunca antes había estado muerto, cuando se sintió al margen de la vida y se dió cuenta de que nadie querría nada con su ánima, por más que estuviera presente, determinó irse. Mucho había oído hablar del purgatorio, del cielo y del infierno, pero a pesar de la fuerza de la curiosidad, no quería visitarlos. Un viento leve le obligó a marchar, y al hacerlo sintió que su cuerpo *sin cuerpo* era más liviano que una pluma y más transparente que las nubes. Se dió cuenta de que podía ir adonde lo llamara su inquietud, sin que nadie lo viera y con una rapidez no sospechada. Dió una vuelta por los cerros mineralógicos, donde tanto lo mordió el sufrimiento, y vió todos los metales que tanto buscara. ¡Cómo se reía del *metal claveteado*, de los miserables *trescientos gramos de ley del derrotero del francés* y de las piedras de mínimo valor, tan anheladas por los hombres! Veía el oro, la plata, el cobre, puros o incrustados en el corazón misterioso de los cerros, objetivos de los más expertos *cateadores*. Vió las encantadas *barras de plata del Loco Pinche*. Verificó los derroteros más fantásticos y escondidos. Su pensamiento le grabó las siguientes palabras:

—Dios no les da a los *rotos* ni a los ricos esas maravillas pa que no se güelvan locos. El *Loco Pinche* fué dueño de tantas riquezas y no las sacó porque era hombre. No tenía ambiciones, pobre vivió y pobre murió. El púo ser dueño del mundo. El mundo es cosa comprable...

Pasó por los poblados mineros y advirtió que las mujeres serias no lo eran mucho, tampoco los hombres. En realidad, la vida le pareció *malona*... Lo cierto fué que deseaba alejarse de ella. Además, por obligación debía ir al cielo para dar cuenta de sus hechos. Allí lo juzgarían.

Fácilmente subió cuando quiso hacerlo. Encontró un panorama

distinto. Vió unos postes señaladores y muchos caminos. Uno de los postes decía: *Infierno* . . . Se le estremecieron las carnes. Le pareció muy raro que el camino al infierno partiera de los predios del firmamento. Se detuvo un rato y, en voz alta, pensó:

—La verdá es que no hey sío muy católico . . . Me faltó tiempo . . .

En otra parte leyó: *Limbo*.

—El limbo —razonó— ha de ser muy grande. Hay muchos *moros*, y sobran los bautizaos que son piores que los que azotaron al Señor.

Después de contemplar el rótulo que indicaba al limbo, encontró uno que con letras de oro señalaba el *Paraíso*.

—Oro —dijo—, oro en el paraíso. Cómo serán los mineros y los patronos en el paraíso. A lo mejor son lo mismo . . .

Sin pensarlo más, echó por ese camino. Casi lo cegó el brillo de los astros. Anduvo hasta encontrar un palacio inmenso y unas murallas sin fin. Oyó cantos y música muy linda. Sorprendido se detuvo y dijo:

—Las murallas son de un metal desconocío, el golpiaor de oro muy refino. No tengo na qué hacer entre tanta riqueza: soy demasiado pobre: minero sin fortuna y jugaor de mala suerte. Apurao púe dale qué comer a los hijos. Si hay un cielo pa los pobres, tiene que ser de otro moo . . . pa pobre.

Después recordó que un padrecito *barbucho*, decían que era capuchino, en un sèrmón afirmó que al cielo podían entrar los que habían trabajado demasiado y sufrido en igual proporción.

Resueltamente se dirigió a la gran puerta del palacio. No cantaban cuando llegó. Se le ocurrió que no había nadie. Examinó como entendido el golpeador de oro, de un oro demasiado oro. El de la tierra parecía basura. Estaba dispuesto a llamar, pero no se atrevía. Pensaba que lo echarían con viento fresco. Por fin le llegó una oleada de valor. Llamó. Se abrió una mirilla y apareció la cabeza calva de San Pedro, con sus ojos bondadosos y su gran barba alba. Vestía una túnica del tono de la barba, una túnica muy brillante.

Le llamó la atención de que el apóstol fuera menos *para*o que los ricos de la tierra. El santo dijo en criollo de Chile:

—¿Quién sois vos y qué querís?

—Don Peirito... Usté es don Peirito ¿no?

—Sí. Yo dicen que soy.

—Yo venía, don Peirito... Resulta que me morí, pues, don Peirito y... güeno, en la tierra no me querían pa na. Me enterraron y... yo tenía que irme pa algún lao.

—Y... te viniste pal cielo. Mirenlo al niñito e l'escuela. Hay que ver.

—¿Y pa ónde quería que me juera? El hombre ha de buscar su acomoo.

—¿Y qué sois vos?

—Hombre era en la tierra... Agora... quién sabe qué seré... ánima... ánimas las llaman en la tierra a los que se mueren. No sé cómo será aquí...

—Yo te preunto de aónde sois, en que trabajábay ¿entendís?

—Yo... soy minerito. Nací en *Tango*, en Chile, pues. Me llamó Juan Menares. El apelativo es de mi maire. El de mi paire... yo tuve que tener paire. Pero lo malo es que na sé dél. Soy guachito, don Peirito.

—¿De aónde sois minero vos?

—De aónde quiere que sea. De *Chañarcillo*, pues, don Peirito. Los que no son de Chañarcillo no son mineros. Yo hey trabajao con los patrones Gallo, los patrones Matta... Hey tao en *Güena Esperanza*, en *Lomas Bayas* y en otros minerales. Y... viera que me ha éido mal. Soy el roto más machacao e la vía. Y por eso vine p'acá.

—Vos te hacís el zorro r'engo, mirá. Los mineros son rotos malos, descreíos, viciosos, andan a la siga e las *zambas*, son peliaores, táhures...

—Ya m'está machacando usté tamién, don Peirito. Ni en el cielo le dan consuelo al pobre. Usté no ha tenío patrones...

—¿Son malos los patrones?

—No toos son malos... algunos hay piores. Nosotros los parecimos a las pieiras de los cerros: las hacen peazos pa sacales el metal, a los mineros los rompen pa hacerlos trabajar como burros; los tienen a media sogá, mal pagaos, mal alimentaos. Cierito es que cuando los liga un *rodaíto* u alguna cosa parecía, los entretenimos; pero sufrimos de toos moos. Mire, si se los ocurre buscar minas pa nosotros... no las hallamos nunca. Las minas son como las mujeres, quieren a los ricos no más. Algunos quean muertos en los cerros, otros se pierden en las huellas y a nadie le importa na. Por onde los vamos echamos *fama* no más... de mala suerte. Y en el caso mío la cosa se pone pior. Yo soy casao, juí casao y... usted sabe como son las mujeres: lo hacen sufrir a uno más que los patrones.

San Pedro piensa brevemente y le dice:

—Eso de que sois casao, me conmueve. Te voy a dejar pasar. Abre la puerta y cuando el minero va a entrar, se arrepiente.

—Mira, me duele, pero te voy a dejar ajuera.

—¿Por qué, don Peirito?

—Tenimos aquí a tres mineros. Llegaron con unas largas y otras cortas y que ña María mató el pato y... se colaron. No asisten, los niños, a l'escuela de coros, se esconden cuando hay ceremonial, cantan unas cosas que hacen cosquillas, dicen palabras gruesas, piden vino, fijaté. Y eso no es lo pior: me han hecho peazos los jardines. Se lo pasan haciendo *catas*, buscando metales. Los angelitos no tienen cancha pa correr. No hay día en que no caiga un angelito en alguno de los hoyos que hacen los preciosos. No hay na que hacer con los mineros. Uno anda triendo una baraja, fijaté. Ya me tienen hasta la tusa...

El *Tanguino* piensa un poco y dice:

—Si yo los echara, ¿me dejaría dentrar? Yo me comprometo a no aujeriar el cielo ¿ah?

—Sí, te dejaría dentrar. Pero ¿cómo los vay a echar?

—Esa es cosa mía, pues, don Peirito. Si le digo, los echa usted y a mí me deja *brociao*...

—¡Cómo se te puee ocurrir dudar de mí, gusanillo e la tierra! Mirenlo. Agora sí que creo que el acabo e mundo está cerca...

—Vengo de la tierra, don Peirito... Allá toos lo antorchan a uno...

—Güeno, pasa. Pero si me engañay te mando retobao pal infierno...

Entra el minero y se queda absorto ante el espectáculo inconcebible. Todo el mundo tiene alas; los que no las tienen aún, también se elevan. Pasan los angelitos, pasan los serafines que son los picaflones del cielo, dibujando las líneas más fantásticas, sobre el aire diáfano. Luego, los jardines y los juegos de agua y la música incomparable... Y además... las bienaventuradas enloquecedoras, que, siendo mujeres, tienen algo que las mujeres de la tierra jamás alcanzarán... Y son sonrientes, parecen acogedoras. Medio ciego, con el corazón chiquito, entre tanta luz y belleza, avanza para verlo todo y... de repente se encuentra con los tres mineros que tienen loco al apóstol. Son ellos los más célebres en los fastos de la minería chilena. En vida obedecían a los siguientes remoquetes: el *Minero Maula*, que le ganó a la baraja, al mismísimo diablo, una mujer; el *Cabo Feliciano*, el mejor bailador de *cueca*, *refalosa* y *paloma*; y el *Minero e la Patá*, un andariego opinado como tirador de cuchillo y defensor de los débiles. Al Ecuador fué a buscar las primeras esmeraldas.

En cuanto lo ven corren a abrazarlo:

—Cómo te va, *Tanguino*, hombre, te refalaste p'acá. Y... ¿cómo se portan las minas, cómo andan las zambas?

—Un poquito pior. Se sufre más agora allá. ¿Y ustedes cómo lo pasan?

—Así, así. Aquí la gente se lo pasa cantando y volando. Los angelitos son muy lindos. Vuelan, juegan y cantan. Hay algunos que son... hasta un poco húmedos. Dende que les hicimos unas trampas pa que cayeran no vienen a fregar. Son malazos. chiquillos chicos al fin...

—¿Y en qué se entretienen ustedes?

—Sacamos metal de muy güena ley. Aquí hay metal en toas partes; pero en otro departamento del cielo, dicen que hay minas mejores. Allí tan los bienaventuraos ricos. Pero nosotros algo sacamos y no malo.

—Yo —dice el *Maula*— tengo güen acopio. Oro de mucha ley. Lo voy a mandar pa la tierra en un tren que va empezar a correr.

—Yo —informa el de la *Patá*— no pueo quejarme: las esmeraldas de aquí son mil veces mejores que las de la tierra. El que está apantionao es el *Cabo Feliciano*.

—Era que estuviera contento —dice el aludido—, est'es un pe-laero, no se puee vivir aquí. Aquí nubay *placilla*; no se ve una *fonda* pa tomar un trago, una mujer que baile y haga... lo que hacen las mujeres. Esto se güelve canto y güelo. A mí se me van a secar las piernas si no bailo. Se me va a echar a perder el *cuajo* si no tomo un trago e vino. Es un engaño esto del cielo. A más, aquí no come la gente: nadie tiene hambre... ¡Cómo sueño con las empanás de horno y el causeo con ají!

Y es aquí donde el pícaro *Tanguino* mete su remo. Dice:

—Y si yo les dijera que de puros lesos tan mordiendo el cartucho aquí. En el infierno hay un *vetarrón* que, por lo menos, tiene una cuaira de alto y como media de ancho. Metal puro pa cortarlo a cincel. Es oro. Y allí cantan, bailan, pelean... Tan toas las zambas conocías y toos los patrones. El trago... no les digo na, mejor.

—Vos viste el *vetarrón* y los amigos...

—Claro que los vi; no soy corto e vista. Hace hartó calor, les diré.

—Es el infierno, pues... ¿Y por qué no te queaste trabajando allá?

—No me dejaron los diablos...

—Eso sí que no te lo creímos —interrumpe el *Maula*.

—Me dejaban a condición de que votara el escapulario e la

Candelaria, la virgen de nosotros. Yo soy, como ustedes lo saben, devoto e la *Negrita* ende que apareció. Entonces me vine pal cielo, qué iba hacer...

Un silencio pensativo coge a los mineros. De pronto el *Cabo Feliciano*, fué el primero, toma sus herramientas, las pone en un saco y mira a los amigos que imitan su iniciativa. Luego empiezan a deslizarse furtivamente, uno a uno, y salen aprovechando el momento en que San Pedro abre la puerta para que entre una bella visitante.

Cuando salió el tercero con rumbo al infierno, apareció San Pedro.

—¿Los echaste?

—Los eché, don Peirito.

—¿Y cómo los echaste?

—Les conté una mentira.

—Una mentira... Una mentira. ¡*En el cielo!* Dios me valga...

—En el cielo, pues. Usté quería que los echara y los eché. Una mentira... Usté sabe que en la tierra la gente se pone mentirosa, es mentirosa. Usté no lo inora, así lo creo yo... Sé también lo que han dicho los pairecitos... Han dicho que mentir con necesiá, no es pecao ¿ah?

Calla San Pedro, un tanto molesto se aleja. Le cantan los serafines...

El *Tanguino Menares* se queda pensando. Se siente nostálgico, algo arrepentido de lo hecho. Se pasea desasosegado, ya nada lo distrae. Hace su composición de lugar y razona:

—¿Y... si fuera cierto que en el infierno hay un *vetarrón*?

Vacila unos segundos y, aprovechando un descuido del apóstol, se escapa siguiendo la huella de los otros.

¡*Se había engañado con su propia mentira!*